

# UTOPIAS

Número  
8

Febrero-  
marzo  
de 1991

Revista de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM

- Elia Nathan
- Dolores Bravo
- Althusser
- Miguel Escobar
- Guerrero
- Josefina Mac Gregor
- Enrique Semo

*Ensayo, cuento, poesía, plástica:*

- David Huerta
- Tim Heald
- Angelina Muñiz-Huberman
- Alberto Blanco
- Antonio Deltoro
- Alaíde Foppa
- Evodio Escalante

*Dossier:*

Homenaje a Vincent van Gogh

- Teresa del Conde
- María Noel Lapoujade
- Marina Fe
- Elsa Cross

*Homenajes:*

Octavio Paz:  Rubén Bonifaz

Nuño  Manuel Ulacia

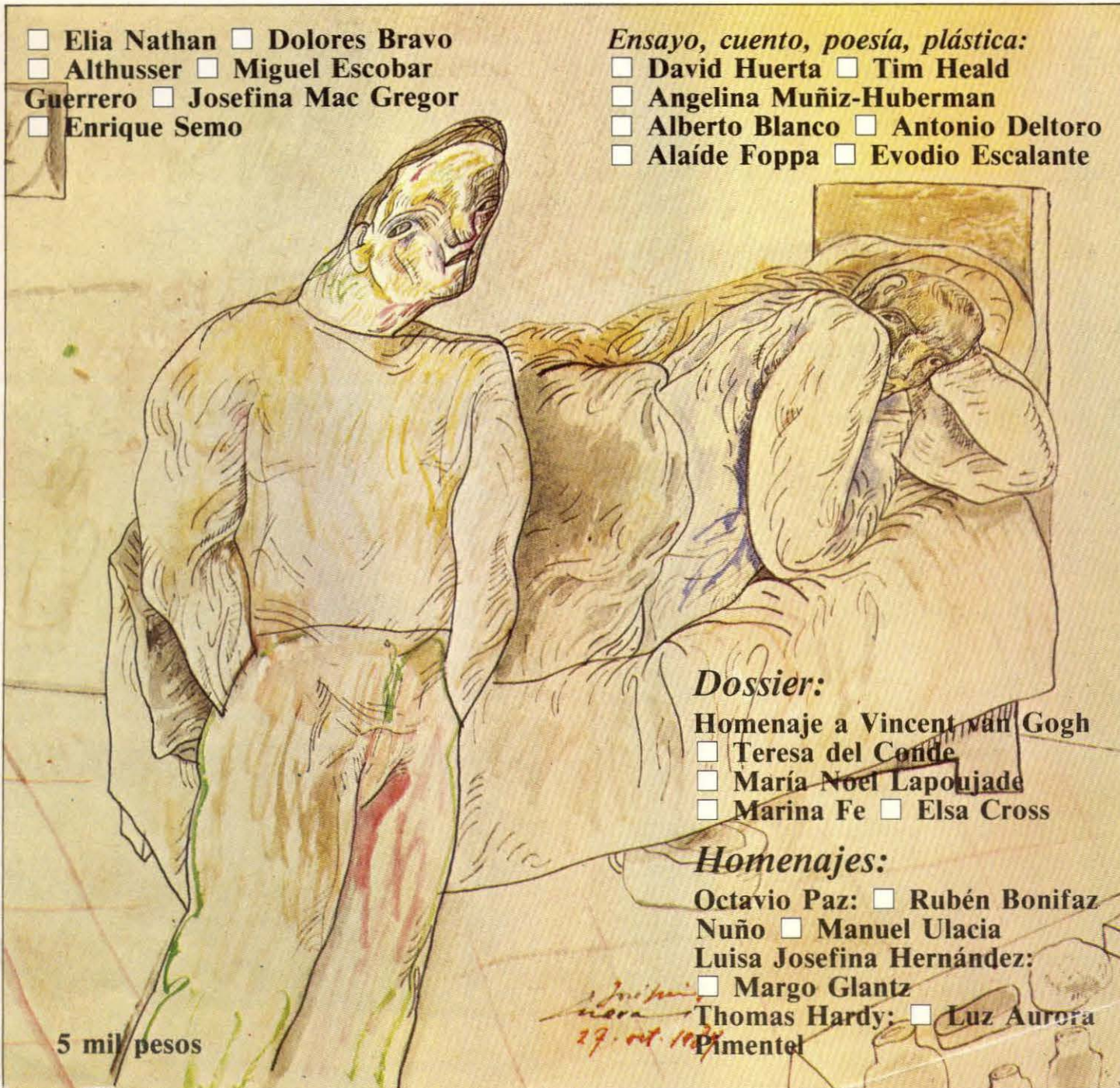
Luisa Josefina Hernández:

Margo Glantz

Thomas Hardy:  Luz Aurora  
Pimentel

5 mil pesos

*Impresión  
Mera  
29. oct. 1991*



# UTOPIAS

Número 8  
 Febrero-marzo de 1991

Directora: Juliana González

Coordinadora: Luz Aurora Pimentel

Edición y administración  
general: Juan Meléndez

Consejo editorial: Hermann Bellinghausen,  
Esther Cohen, Alfredo Fernández, Sergio  
Fernández, Mercedes de la Garza,  
Anamari Gomis, Enrique Hulsz, Juan  
Meléndez, Carlos Pereda, Sergio Pitol,  
Gloria Villegas, Luis Villoro, Gabriel  
Weisz

Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM  
Ciudad Universitaria; Coyoacán; 04510 México, D.F.  
Teléfono 548 02 73

Utopías no responde por textos no solicitados

Producción editorial: *Equipo Editor, S.C.*; Ámsterdam,  
33-B; primer piso; colonia Hipódromo; 06100 México,  
D.F.; teléfono 211 86 86  Cuidado de la edición:  
*María del Carmen Merodio y Miguel Ángel Guzmán* /  
Diseño y diagramación: *Fernando Rodríguez*

Ilustración de la portada:  
José Luis Cuevas

Ilustración de la contraportada:  
Vincent van Gogh

Dibujos e ilustraciones:  
José Luis Cuevas y José Luis Calzada



## Cuestiones de teoría y crítica

Herejía y cultura religiosa popular en la Alta Edad Media, <i>Elia Nathan</i>	2
La permanencia del corazón, <i>Dolores Bravo</i>	8
Algunas reflexiones del último Althusser, <i>Fernanda Navarro</i>	12
Utopía y contraideología en los procesos educativos, <i>Miguel Escobar Guerrero</i>	14
Un pueblo apto para la democracia, <i>Josefina Mac Gregor</i>	23

## El acontecimiento

1989: umbral de una época, <i>Enrique Semo</i>	27
--	----

## Ensayo, cuento, poesía, plástica

El tigre y la sombra: López Velarde y sus renacimientos, <i>David Huerta</i>	37
Expertos de cargo, <i>Tim Heald</i> (traducción de Claudia Lucotti)	40
Ciudad de Oro Amurallada, <i>Angelina Muñiz-Huberman</i>	47
Naturaleza quieta, <i>Alberto Blanco</i>	50
Polvo y agua, <i>Antonio Deltoro</i>	52
Amor y muerte en la obra de José Luis Cuevas, <i>Alaide Foppa</i>	53
José Luis Calzada: la voluta del sueño en la punta del cincel, <i>Evodio Escalante</i>	57

## Dossier

Van Gogh a cien años, <i>Teresa del Conde</i>	58
Van Gogh: lo maravilloso cotidiano, <i>María Noel Lapoujade</i>	63
Artaud y van Gogh: los otros, <i>Marina Fe</i>	68
Van Gogh: la ascesis del arte, <i>Elsa Cross</i>	71

## Homenajes y reconocimientos

Octavio Paz, <i>Rubén Bonifaz Nuño</i>	75
Octavio Paz o <i>El árbol milenario</i> , <i>Manuel Ulacia</i>	76
Reconocimiento a Luisa Josefina Hernández, <i>Margo Glantz</i>	80
Thomas Hardy (1840-1928)	81
<i>Tess</i> : historia de un acoso, <i>Luz Aurora Pimentel</i>	82
Tonos grisáceos, Así, el Tiempo, Veo en el espejo, Después de la visita, <i>Thomas Hardy</i> (traducciones de Colin White, <i>Marina Fe, Argentina Rodríguez y Eva Cruz</i> )	87

## Marginalia

Sobre la democracia, <i>Adolfo Sánchez Vázquez</i>	90
La lengua florida, <i>Esther Cohen</i>	92
El discurso travestista, <i>Agustín Cadena</i>	94
¿Quién se robó el centenario de Agatha Christie?, <i>Argentina Rodríguez</i>	95

**A**ño inolvidable el de 1989. Debido a su caliente otoño, millones de hombres y mujeres pueden ahora interrogarse libremente sobre el tipo de sociedad en la que quieren vivir. Presenciamos, deslumbrados, uno de esos raros momentos de la historia en los cuales, en una vasta parte del mundo, el orden establecido no se da por sentado y la gente puede buscar nuevas opciones. Al término de la segunda guerra mundial, hubo otro momento similar, y la humanidad lo desaprovechó. Naufragó en la *guerra fría*, que todo lo redujo a un binomio estéril y maniqueo. *Democracia o comunismo*, lo llamaban en Occidente; socialismo o capitalismo, en Oriente. 1989 nos hizo recordar la universalidad de la palabra y la pluralidad de las alternativas. Mal haríamos en caer en la trampa del mundo de la posguerra, pensando que, desaparecido uno de los términos, sólo queda en el horizonte el otro. Al contrario, éste se ensancha y los puntos de referencia se multiplican. En el idioma de la *guerra fría*, es el fin de la historia; en el del siglo XXI, el principio de otras muchas historias. Están en crisis ambos sistemas y las esperanzas del siglo XXI sólo pueden fincarse en una nueva concepción de la civilización.

A un año de la caída del muro de Berlín, podemos ya preguntarnos: ¿qué fue realmente lo que sucedió en esos países que se extienden desde el Asia Menor hasta el este, centro y sur de Europa? Un sistema político que dominó durante cerca de 70 años se derrumbó como una casa devorada por las termitas. La estructura social en la cual se apoyaba entró en una profunda crisis. Un poderoso bloque de estados, que era la base del equilibrio bipolar de la posguerra, desapareció. La ideología oficial que les daba sustento fue masivamente repudiada. En algunos días las estatuas de Marx y Lenin, que presidían multitudinarios desfiles, han si-

do removidas y las plazas que llevaban su nombre, rebautizadas. Naturalmente, el origen de los sucesos se remonta muy atrás en la historia de esos países, pero el otoño de 1989 fue el catalizador que le permitió llegar a su abrupta culminación.

¿Qué nombre podemos dar a este inesperado terremoto que sacudió a la humanidad a fin de siglo? Toynbee estampó el concepto de "colapso de las civilizaciones", que definió en los siguientes términos:

Los colapsos son fracasos en la audaz tentativa de ascender del nivel de la humanidad primitiva, que vive la vida de un animal social, hasta las alturas de un tipo de existencia sobrehumana en una comunión de santos... lo hemos comparado con los alpinistas que hallan la muerte despeñándose o que permanecen en trance de agonía, contra la saliente por la que acaban de trepar, sin conseguir completar la ascensión y alcanzar en el declive siguiente un sitio donde descansar... La naturaleza del colapso de las civilizaciones puede concentrarse en tres puntos: fracaso del poder creador de la minoría; de resultados de ello, falta de mimesis por parte de la mayoría; y la consiguiente pérdida de unidad social en la sociedad toda.

Un poco vago, el concepto sirve, si no para explicar lo sucedido, al menos para describirlo: se trata, en efecto, del *colapso de un intento civilizatorio*. Los revolucionarios de 1917 se propusieron construir una sociedad poscapitalista, más justa, igualitaria y humana. Introdujeron cambios profundos en la estructura social rusa que debían producir un hombre nuevo, superior al que existía en la sociedad de clases. Abolieron el capitalismo. Generaciones posteriores de comunistas se propusieron construir una civilización libre del dominio de unos hombres sobre otros y de la enajenación. Después de la segunda guerra

# 1989: umbral de una época

Enrique Semo

mundial, su influencia se extendió y se pusieron las bases del nuevo sistema económico internacional que, abarcando a una población de más de 330 millones de personas, debía estar libre de todas las injusticias del sistema internacional capitalista, con sus secuelas de colonialismo e intercambio desigual. Al iniciarse la década de los noventa, debemos reconocer que este intento civilizatorio, en términos generales, ha fracasado. Que las sendas escogidas extraviaron el camino y que la magnitud de la catástrofe debe medirse, no sólo en función de lo que esas sociedades eran, sino también de lo que se propusieron ser. No sólo fracasó un sistema social, sino también muchas de las ideas centrales que le daban sustento. Los éxitos obtenidos en la modernización de la agricultura, la industrialización, la educación de masas y la redistribución del ingreso no pueden ocultar el fracaso en el objetivo fundamental: la instauración del socialismo. Lo que la izquierda latinoamericana confundió durante varias décadas fueron los éxitos en la superación del subdesarrollo con la construcción del socialismo.

Detrás de ese suceso se esconde una de las más grandes tragedias de la historia. En un intento heroico, y al precio de innumerables sacrificios, millones de hombres y mujeres intentaron romper de una sola vez las cadenas que los unían a un pasado de atraso, miseria y explotación. En condiciones

Enrique Semo. Nació en Sofía, Bulgaria, en 1930. Licenciado en Historia (1960-1963) por la UNAM y doctor en Filosofía por la Humboldt Universität, de Berlín (1969-1971), ha sido profesor e investigador en el país y en el extranjero. Es autor de *Historia del capitalismo en México / Los orígenes, 1521-1763* (1973, del cual se hicieron ediciones en Japón y Cuba), *La crisis actual del capitalismo* (1977), *Historia mexicana / Economía y lucha de clases* (1978), *Interpretaciones de la revolución mexicana* (1979), *Viaje alrededor de la izquierda* (1987) y *Entre crisis te veas* (1987); y coordinador de *Siete ensayos sobre la hacienda mexicana. 1780-1880* (1975) y *México, un pueblo en la historia* (1981-1983). En 1988 trabajó en la Dirección de Posgrado de la Facultad de Economía de la UNAM y preparaba los libros *Historia del capitalismo en México, III / La transición, 1763-1940* y *El pensamiento socialista en México, 1960-1980*.

desiguales se enfrentaron a la violencia de las clases dominantes, los intereses creados y la tradición. Hoy sus herederos descubren estupefactos que, sin que la derrota haya sido anunciada y aceptada, los resultados de sus actos se vuelven contra sus esperanzas.

Quizá la idea pueda ser mejor ejemplificada por una experiencia que viví en Berlín, RDA. El 18 de marzo, día de las últimas elecciones generales en ese país, me encontraba con un conocido alto funcionario, hasta hace poco, del gobierno, viendo por televisión los resultados de las elecciones. Durante el día habíamos coincidido en que el Partido Socialdemócrata de Brandt ganaría ampliamente la jornada. Comunista convencido y hombre honesto, el exdiplomático de 56 años reconocía los múltiples errores y se consolaba esperando que al menos las ideas del socialismo, aun cuando fuera en su versión socialdemócrata, quedarían como herencia de la

población de Alemania del Este. A medida que los resultados confirmaban la victoria aplastante de los partidos de derecha, su cara fue perdiendo el color y sus rasgos se contrajeron en un rictus de dolor. Viendo su desconcierto, propuse salir a cenar. Mientras comíamos, traté de distraerlo hablando de México, cuya historia conocía y admiraba. Él permanecía hundido en un silencio sepulcral, los ojos perdidos en la oscura noche que asomaba por la ventana... Y de repente, gruesas lágrimas comenzaron a correr de sus ojos, incontenibles y profusas. Lágrimas de desilusión y remordimiento, de infinito azoro por el pasado y el futuro de una causa perdida.

La esfera más afectada es la política. Nada queda de la *dictadura del proletariado*, del papel de *vanguardia del partido de la clase obrera*, del *centralismo democrático*, del rechazo al parlamentarismo como forma de la democracia burguesa, del monopolio ideológico del *marxismo-leninismo*, de la imposición directa de cánones oficiales en el arte y la cultura. En la economía, el sistema de planificación central administrativa sigue existiendo, pero es rechazado por todos, con la excepción de los círculos conservadores de la burocracia. Los dogmas que identificaban el desarrollo del socialismo en un país dado con el avance de la propiedad estatal, la abolición del mercado, la desaparición de la iniciativa individual, han quedado relegados al museo de las utopías. En la esfera de la ideología y la moral, la situación es más angustiosa aún. La contradicción entre los ideales oficiales y la realidad quedó plenamente revelada por el abandono inaudito de éstos por la clase gobernante en el momento de la caída. Después de un prolongado desgaste, se esfumó el principio organizador que daba coherencia a los actos de los hombres y mujeres de esa civilización: *la idea de que vivían en una sociedad socialista, distinta y superior a la capitalista, cuyas*

*leyes de funcionamiento la eximían de las contradicciones e iniquidades de ésta.* En él se basaba también la legitimidad de los partidos comunistas gobernantes, que —con razón o sin ella— se presentaban como los artífices del gran cambio. El derrumbe de la creencia selló la suerte de los partidos.

### *Socialismo, no estatismo*

Hasta 1988 la mayoría de la gente, tanto en Occidente como en Oriente, incluyendo a científicos sociales de las más diversas orientaciones, veía el mundo de la siguiente manera:

Existen sobre la tierra dos sistemas económico-sociales: el capitalismo y el socialismo (comunismo). El primero se caracteriza por el mercado, la propiedad privada y el individualismo. El segundo, por la planeación, la propiedad estatal y el colectivismo. Cada uno de ellos está representado por un gigantesco bloque de estados que luchan entre sí por la supremacía económica, política y militar. Dentro de esa visión simplista, pero muy común, lo que ha sufrido un colapso irreversible en 1989 es el socialismo (comunismo), y quien ha triunfado definitivamente (fin de la historia) es el capitalismo.

Pero no todos pensaron ni piensan así. Dentro del movimiento democrático y socialista se han levantado, desde hace mucho, voces que sostenían que la sociedad que se enfrentaba al capitalismo no era socialista, porque en ella se reproducen todos los problemas esenciales de las sociedades de clase: explotación, enajenación y dominio. No es posible aquí pasar revista a la larga y rica tradición de la crítica socialista del estatismo. Basta con algunos ejemplos. Después de una larga trayectoria, hacia la década de los setenta, estas ideas habían ya triunfado en los medios de la izquierda europea y comenzaban a abrirse paso en América. Según sus diversas versiones, esas socieda-



des responden a los rasgos de un *capitalismo de Estado*, una etapa inicial del socialismo, llamada *socialismo estatista*, un *colectivismo burocrático*, una *vía no capitalista de industrialización* y, finalmente, un *estatismo*.

Sea cual fuere la hipótesis escogida, coincidían en que se trataba de una sociedad distinta a la capitalista, pero clasista, en la cual el poder se halla en manos de una burocracia, propietaria colectiva de los medios de producción, el Estado y la ideología dominante. Políticamente, el sistema estaba caracterizado: a) por el dominio del aparato burocrático sobre todos los cuerpos formalmente electos, b) la sustitución de elecciones verdaderas por el nombramiento de la *nomenklatura* de candidatos asegurados para todos los puestos de dirección, c) prohibición de los partidos y sindicatos independientes, d) subordinación incondicional de todos los sectores del Estado al poder teórico del Buró Político, e) monopolio del control de los medios de difusión masiva, incluyendo la censura preventiva. Económicamente, representaba: a) dominio del Estado sobre la economía que administra y planea, b) distribución igualitaria del ingreso —sobre todo en los productos y servicios básicos—, c) colectivización y administración centralizada de la agricultura, d) en ausencia de un mercado, fijación burocrática de las necesidades sociales e individuales, y e) en el campo de la gestión, prioridad de las normas de la conducta burocrática sobre las de la eficiencia económica. Ahora se confirma también que se trataba de una sociedad estratificada, cuyas capas privilegiadas eran la *nomenklatura*, y ahí donde la había, la mafia (los jefes de los túneles semilegales de la economía oculta).

Atendiendo a esas corrientes, lo que ha terminado no es el socialismo, sino una etapa en el desarrollo de la sociedad estatista, estrechamente ligada a la ilusión que la identificaba

con el socialismo realizado. Ahora en ella la oposición de intereses y las luchas sociales cobran carta de legitimidad. Y los jóvenes de mañana no tendrán dificultad alguna en aceptar una visión del mundo en el cual, junto a la sociedad de clases llamada capitalismo, hay otra sociedad de clases llamada estatismo —dicho sea sin ánimo peyorativo—, y que el socialismo no es una formación social existente, sino una idea y un movimiento que se propone la superación de ambas. El socialismo (como formación social) no ha muerto —decía Bierman—, porque nunca ha existido.

La sociedad estatista tiene una larga y compleja historia, llena de intentos tendientes a modificar su funcionamiento. Hasta la década de los sesenta predominaron diversas versiones del llamado *modelo estalinista de desarrollo*, cuyos rasgos principales eran:

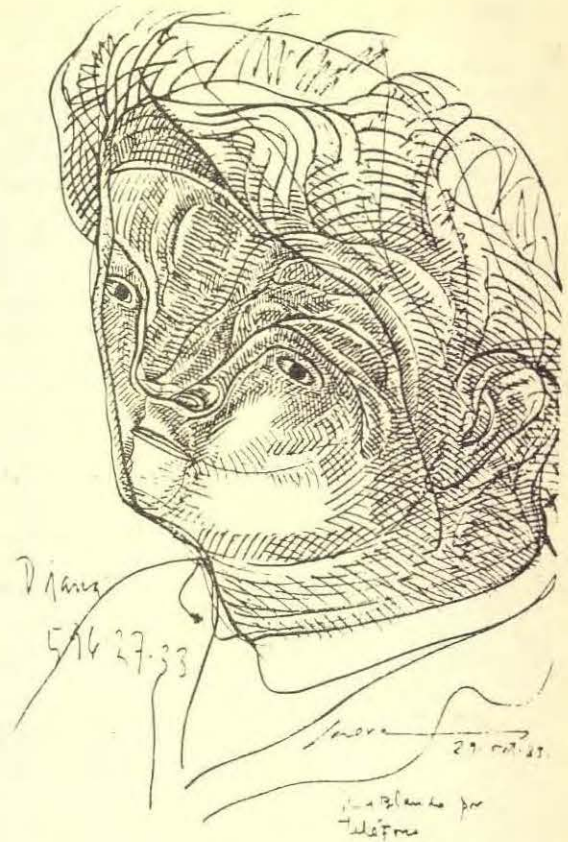
a) Plan central elaborado y administrado por una burocracia rígidamente jerarquizada.

b) El instrumento de control principal es el *balance material*, en el cual se registran los flujos de insumos y productos. Los precios sólo se consideran como unidades contables.

c) Se supone que mientras mayor sea la tasa de acumulación, mayor será el crecimiento del producto. La rama de bienes de producción debe siempre crecer más aprisa que los de consumo.

d) En la agricultura, la gran propiedad es más eficiente que la pequeña, y el desarrollo de esa rama debe subordinarse a las necesidades de la industrialización.

Hacia 1960 todos los gobiernos eran conscientes de la necesidad de modificar esas premisas. Se produjo una intensa discusión, que revivió argumentos de debates previos, como los de los años veinte en la URSS y los de 1948 en las democracias populares, sobre las vías nacionales al socialismo. Se hicieron cautos experimentos. Se introdujo el uso de



los precios en los cálculos de planificación; se intentó ampliar y legalizar el mercado; se crearon estímulos para gerentes, ligados con los beneficios obtenidos por la empresa; se otorgó mayor independencia a las empresas. Sin embargo, las reformas se enfrentaron a grandes obstáculos, el mayor de los cuales fue la resistencia activa y pasiva de la burocracia conservadora. A mediados de la siguiente década, era claro que todas ellas, con la excepción de las de Hungría y Yugoslavia, habían fracasado. La división de la élite gobernante en conservadores y reformistas es una vieja historia que sólo ahora sale a la luz pública, y la violencia de los cambios actuales tiene su origen en la larga y eficaz resistencia de los conservadores. Por otro lado, los sucesos recientes demuestran que, bajo la aparente homogeneidad de esos países, se esconden grandes diferencias económicas, sociales y

políticas que explican la diversidad de los procesos de cambio que se han iniciado.

No ha llegado aún el tiempo de hacer un balance global del inmenso experimento. Por el momento, sus virtudes se pierden en el calor de la negación radical, que sólo tiene ojos para sus defectos más monstruosos, y sus aportaciones a la historia obrera yacen sepultadas bajo los escombros de la crisis. Más tarde se descubrirá que la reconstrucción, como después de un terremoto o un bombardeo, deberá usar los ladrillos y las vigas de los edificios derruidos. Una cosa es segura: después de 1989, las sociedades estatistas de Europa del Este entran en una fase nueva de su historia, que está en búsqueda de un nombre: ¿reforma, restauración o revolución?

El socialismo sólo puede contribuir al humanismo del siglo XXI partiendo del pleno reconocimiento del colapso del *socialismo realmente existente* y la sobrevivencia de la sociedad estatista en plena transformación. La primera excepción es la RDA. Ahí la restauración capitalista, impulsada por la burguesía de Alemania Occidental a un precio altísimo, será completa. Promovida desde afuera y cebada en los errores de sus últimos dirigentes, lo que pudo ser una unificación negociada se transformó en una anexión aclamada con júbilo insensato por la población.

En la era de la globalización de la economía y la política, el significado de un fenómeno de tal envergadura es muy diferente al que podía tener hace 500 años. Produce cambios profundos, no sólo en el presente de la humanidad en su conjunto, sino también en las ideas y esperanzas que guían sus acciones futuras, y este significado no puede ser captado por la alegoría toynbeeiana. El fin de la *guerra fría*, el desarme y la democratización de una parte del mundo, que entusiasman con justicia a los pueblos de Occidente, vienen envueltos

en derrotas objetivas y subjetivas de todo el movimiento anticapitalista. Por un momento el neoliberalismo se yergue como dueño absoluto de la escena ideológico-política y el capital financiero impone las reglas del juego económico. El movimiento socialista en Occidente sufre una derrota real (experimento fallido) y a la vez la liberación de un mito asfixiante (su confusión con el socialismo realizado).

El derrumbe no se produjo debido a causas coyunturales. Su origen está en la naturaleza misma de la sociedad estatista y las contradicciones que frenan su desarrollo económico y social. Se manifiesta como una violenta crisis del sistema de incentivos, de la relación entre productividad e ingreso, de la concentración de las iniciativas en el seno de la burocracia y la consecuente pasividad del pueblo. Es un dislocamiento del sistema de planificación administrativa que demuestra su imposibilidad en una economía compleja. A diferencia de lo que sucede con el capitalismo, cuyas crisis son parte del funcionamiento del sistema y tienen soluciones ya conocidas, nadie sabe en qué puede desembocar la crisis general del estatismo. El fenómeno no es reciente (Gorbachov habla de que “desde mediados de los años setenta, obstáculos invisibles frenan el desarrollo de la economía”), y fue diagnosticado a tiempo por economistas del Este y del Oeste. Pero los gobernantes de la era brejneviana actuaron como hombres hipnotizados por la llegada de una catástrofe prevista pero irremediable. De la ya existente teoría económica de esas sociedades y lo sucedido en los últimos dos años pueden verse tres grandes líneas de desarrollo: una reforma que deje intactos aspectos importantes del sistema, eliminando los obstáculos más paralizantes a su desarrollo; una restauración capitalista, *sans phrase*; o bien, una *fuite en avant* hacia un socialismo auténtico. Aun cuando la tercera parece hoy día imposi-

ble, existe latente en los poros de la sociedad estatista y aparecerá cuando se sientan los efectos de las políticas de austeridad y restauración.

### *La democracia recobrada*

Los sucesos de 1989 pueden ser mejor comprendidos por medio de una idea creada por sociólogos e historiadores para designar algunos de los aspectos de “La primavera de los pueblos” de 1848: la idea de una *revolución conservadora*. En aquel año la heroica rebelión de los proletarios parisinos culminó con la elección de Napoleón *El Pequeño*, así como un cuarto de siglo antes, en México, la revolución de independencia, que se había iniciado con una rebelión campesina, terminó en una victoria de la aristocracia.

1989 tuvo el carácter de una verdadera revolución. La clase dominante se vio asediada por un movimiento popular que en la URSS se tradujo en el rebasamiento del PCUS, y en los otros países, en la caída de seis gobiernos en cuatro meses. Por otro lado, se acentuó la división en las filas de la burocracia entre reformadores y conservadores. El contenido común de todos esos movimientos, desde la cúspide y desde las bases, fue un asalto a las posiciones del Estado y la burocracia.

Como han escrito repetidamente los partidarios de Gorbachov —dice Stephen Cohen—, todas esas reformas están diseñadas para desestatizar el “sistema estalinista administrativo de ordeno y mando”. Cuando se les presiona para revelar las proporciones de su propuesta de desestatización, prometen abolir la mitad o dos tercios de todas las posiciones burocráticas estatales.

Por otro lado, movimientos como el de Solidaridad en Polonia, Foro Democrático en Checoslovaquia o los más espontáneos de la RDA y de Bul-

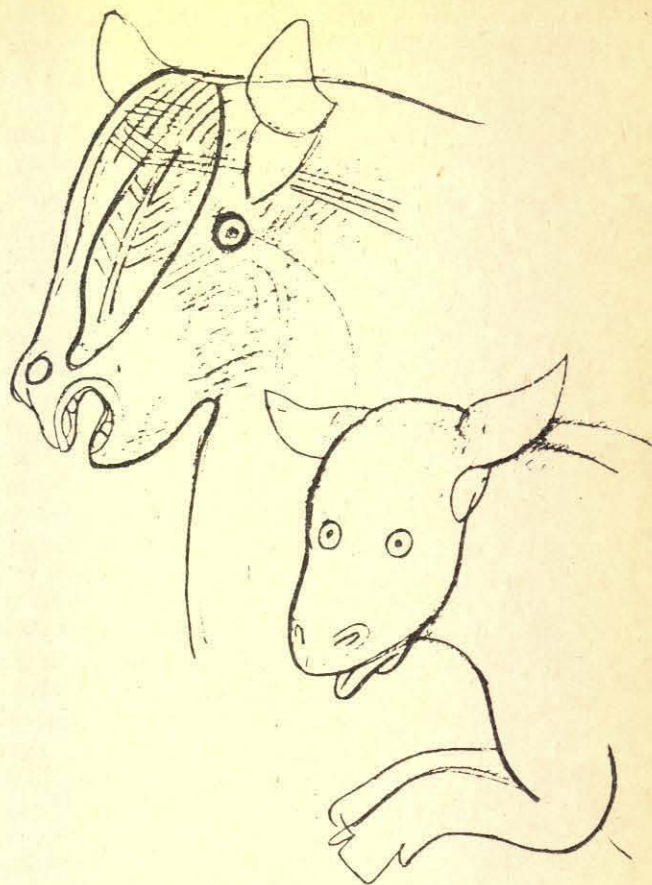
garia tienen todos ellos un sentido antiestatista y un incipiente contenido antiburocrático. “La esencia del movimiento (de Solidaridad)”, escribió Michnik desde la prisión, “sigue siendo el de reconstruir la sociedad, el de restaurar los lazos sociales fuera de las instituciones oficiales.” Ese elemento ha estado presente en todos los movimientos, en formas e intensidades diversas, sea cual sea su visión de alternativa.

La erosión del poder de la burocracia ha tomado a veces la forma de un proceso de reconquista de la sociedad civil y otras la del derrocamiento de un gobierno y un partido gobernante, pero en todos los casos impregna la gran transformación de los países de Europa del Este. Inscritos en los términos de la sociedad estatista, los golpes se dirigen contra los partidos comunistas y el comunismo, pero el blanco verdadero es el poder omnipresente de la burocracia y las prácticas que le dan vida. Además, en Polonia, Checoslovaquia, Hungría y Rumania el movimiento tuvo también un marcado sello de liberación nacional, tendiente a recobrar la independencia perdida. El carácter revolucionario del movimiento se define, no por su violencia o su duración, sino por la magnitud del reto al poder ilimitado del Estado y al dominio de Moscú.

Circuitos esenciales de la vieja estructura de poder han sido irremediabilmente dañados. La ideología que combinaba lemas socialistas con el culto al poder ilimitado del Estado y de su jefe máximo ha perdido su *status* de ideología oficial y única. Y esto es de por sí un cambio revolucionario. El Estado no puede ya presentarse como el portador único de la modernidad y la nación. El poder monolítico del Partido Comunista está siendo sustituido por el pluralismo político. Comienzan a realizarse elecciones legítimas, surgen los parlamentos, se descentraliza el poder. Se ha abo-

lido la censura directa, y la prensa, el arte y la ciencia se liberalizan. En muchos lugares los obreros y los campesinos comienzan a reconquistar sus organizaciones sociales y gremiales. Hoy día, Rusia y las otras repúblicas de la Unión, Polonia, Hungría y Bulgaria gozan libertades democráticas sin precedente en su historia. La revolución ha obtenido ya sus primeros triunfos en el campo de la democracia y las libertades ciudadanas, aun cuando los regresos al pasado y los nuevos autoritarismos no pueden ser descartados. En este sentido, 1989 fue un año de intenso cambio político en esos países, cuyo estado actual permite catalogarlos entre las democracias ascendentes.

Estamos ante la primera revolución antiburocrática de la historia. Una revolución primaria, llena de vacilaciones, como un niño que busca su camino en la obscuridad, pero, pese a todo, una revolución auténtica que ha obtenido importantes victorias democráticas. Su primera etapa se inicia el 12 de septiembre de 1989, con el ascenso de Solidaridad al poder en Polonia, y termina el 16 de julio de 1990, cuando el Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS), en su XXVIII Congreso, pierde la dirección de los procesos de transformación en la URSS. Ella no se produjo, como pensaban algunos teóricos socialistas del pasado, como una gran explosión proletaria, que apuntaría inmediatamente hacia nuevos avances del socialismo autogestionario. Tampoco ha tomado la forma gradualista que imaginaban pensadores más recientes, como Branko Horvat, quienes sostenían que, una vez iniciado el movimiento, la descentralización del poder y el impulso autogestionario avanzarían muy aprisa, utilizando la ideología socialista dominante, vulnerada hasta ahora por la práctica de la burocracia. A todos ellos la historia volvió a jugarles una de sus bromas acostumbradas, quizá la broma más macabra



del siglo XX. El muy esperado embate a las posiciones de la burocracia gobernante tomó, no la dirección de un avance del socialismo, sino el de una fuga nostálgica hacia un capitalismo en crisis.

#### *La revolución conservadora*

La revolución de 1989 fue *conservadora* porque sus objetivos y muchas de sus ideologías, así como su derrotero práctico, se inscriben en la dinámica actual del capitalismo. Restauración del libre mercado y de la propiedad privada en todas sus formas, inserción en el sistema económico mundial capitalista, apertura a las transnacionales y el crédito en condiciones de subordinación, aprobación de la unificación de Alemania bajo la bandera del neoliberalismo, reconocimiento de la hegemonía político-militar de los Estados Unidos, admiración avasallante por los modos de vida capitalistas, fuerte presencia del nacionalismo, la religiosidad política, el racismo y el antisemitismo.

Los impulsos hacia un socialismo democrático: reducción del poder y los privilegios de la burocracia, autogestión, propiedad social de los medios de producción, planificación democrática, igualitarismo, pleno empleo, humanización del proceso de trabajo, no están ausentes del movimiento. Puede incluso decirse que aparecen en todos los países. Pero su fuerza no es suficiente por ahora para influir en la marcha de los acontecimientos.

Esto no fue así desde un principio. La *perestroika* en la URSS, Solidaridad en Polonia, Foro Democrático en Checoslovaquia, la Nueva Izquierda en la RDA, el Partido Socialista en Hungría, el movimiento ecologista en Bulgaria, estaban impregnados de objetivos compatibles con el socialismo democrático y parecían dominar la escena. Pero, en forma vertiginosa, esas fuerzas perdieron el control o se vieron arrastradas por la marea conservadora, cambiando su orientación. Desde comienzos del presente año, se han ido imponiendo, en mayor (Polonia) o menor (Checoslovaquia) grado, las tendencias procapitalistas.

Veamos dos ejemplos: la *perestroika* se inició definiéndose como un movimiento por la renovación del socialismo. En 1987, Gorbachov escribía:

¿La *perestroika* significa que estamos abandonando el socialismo o al menos algunos de sus fundamentos? Algunos lo preguntan con esperanza, otros con desconfianza... Hay gente en Occidente que dice que tenemos solamente una salida: adoptar los métodos capitalistas de gestión económica y sus pautas sociales para derivar hacia el capitalismo... Para poner fin a todos los rumores y especulaciones sobre este tema, quisiera señalar una vez más que estamos llevando a cabo todas nuestras reformas de acuerdo con nuestra elección socialista... Aquellos que esperan que nos

alejemos de nuestra senda socialista se verán desilusionados. Cada parte de nuestro programa de *perestroika* —y el programa en su totalidad— está íntegramente basado en el principio de más socialismo y más democracia.

Su práctica de los primeros tres años hacía concebir esperanzas fundadas de que eso era posible. Hoy es evidente que la política del gobierno soviético se orienta más bien hacia una reforma-restauración, una combinación de las dos primeras opciones, y que dentro de la URSS y fuera de ella, en los países del Este europeo, ese mensaje ha perdido influencia. En la RDA, en el mes de noviembre de 1989, la fuerza emergente de la revolución popular era el movimiento Nuevo Foro. Uno de sus dirigentes me decía en aquella ocasión: "Creemos posible renovar el socialismo y desechamos soluciones que se orientan hacia un regreso al capitalismo". En el mes de marzo del siguiente año, Nuevo Foro y las otras organizaciones de la Nueva Izquierda habían sido reducidas a la marginalidad, y la idea de la reunificación inmediata e incondicional había desplazado a todas las demás.

¿Cómo pudo suceder eso? ¿Por qué una revolución que comenzaba bien acabó tan mal? Existen varias causas para ello, a las cuales vale la pena pasar revista. La primera y más importante es de índole internacional. Desde mediados de la década de los setenta, era evidente que el intento de crear un sistema económico internacional "socialista", distinto al capitalista, había fracasado. La URSS y sus asociados perdieron la carrera de la tecnología y la productividad de los últimos 20 años. Mientras que en los países capitalistas desarrollados la informática transformaba explosivamente las estructuras económicas y sociales, la URSS apenas entraba en la era de las microcomputadoras. Actualmente fabrica 1,1 millones de unidades anua-

les, mientras que en los Estados Unidos la producción se eleva a 30 millones. Aun en ramas en las que la URSS goza de superioridad mecánica, la productividad es baja. Su producción de tractores es cuatro veces superior a la estadounidense, pero la productividad en el trabajo agrícola es apenas 20% de la de Europa Occidental y 10% de la de los Estados Unidos. Economistas como L. Abalkin consideran que la URSS está atrasada unos 10 años en la asimilación de tecnología de punta.

Mientras tanto, los demás países del bloque sufrían los efectos de su inserción en un bloque que no podía ofrecerles acceso a la nueva tecnología. La distancia que los separaba de los países capitalistas más avanzados comenzó a crecer a pasos agigantados. Al principio se hicieron intentos de abrir espacios en el mercado capitalista sin realizar reformas internas. De ello sólo resultaron las exorbitantes deudas externas, que rápidamente hicieron crisis y produjeron deformaciones de las balanzas de pago. Hacia mediados de la década pasada, era claro que no había alternativa: o se integraban de lleno al mercado capitalista de mercancías, capitales y tecnología, realizando las reformas económicas, políticas y militares necesarias, o estaban condenados a hundirse en un cuarto mundo de atraso y estancamiento económicos. La profecía de Trotsky y Stalin se había cumplido: el capitalismo podía vencer a las nuevas sociedades en el campo de batalla o en la batalla del mercado. Habiendo fracasado en el primero, triunfaba al fin en el segundo. La presión capitalista más poderosa sobre la revolución del '89 provino, no tanto de alguna medida concreta adoptada por los países industrializados, sino de la presencia latente pero imposterizable de esa necesidad y las ilusiones que de ella se derivaban. Detrás del derrumbe del *marxismo-leninismo* oficial y su espíritu combativo, está la

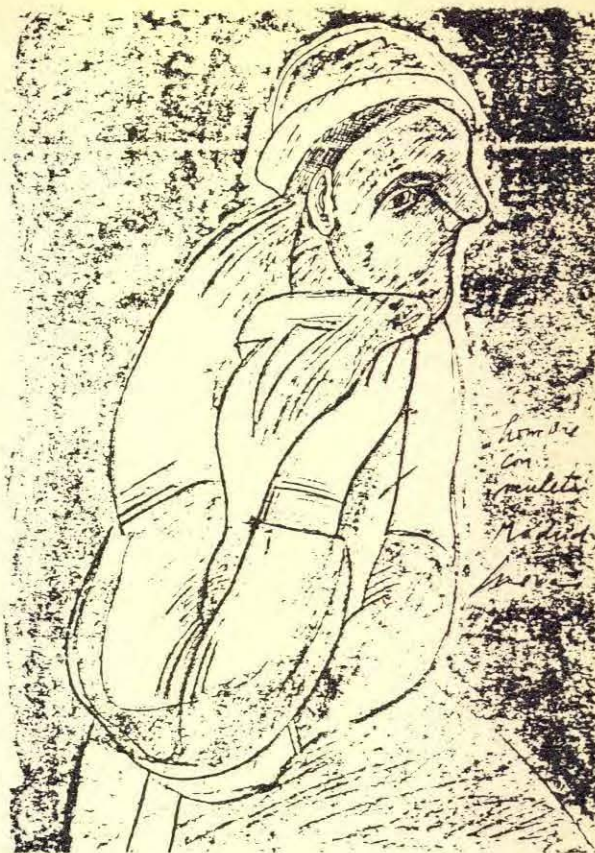


comprensión de que la lucha por crear una economía internacional socialista autónoma se había perdido, que la carrera armamentista con los Estados Unidos no podía continuar un día más, que la competencia con una Europa Occidental unida a partir de 1992 estaba condenada a la derrota de antemano en todos los terrenos. Algunos pueden creer que el sistema se derrumba sin librar batalla, pero en realidad eso sucede después de una larga contienda económica, en la cual los países del socialismo real quedaron vencidos, no sólo en el campo de la economía, sino también en el de la seguridad en sí mismos. Eficaz en la concentración de los esfuerzos en algunos renglones prioritarios, el *modelo estaliniano* demostró ser ineficiente en el uso global de los recursos. Durante varios decenios esos países conocieron ritmos de crecimiento elevados y mejoras en los niveles de vida del pueblo, pero a medida que la economía se diversificaba, las ventajas comenzaron a esfumarse. Hacia mediados de los setenta, la principal debilidad del sistema se había hecho evidente: su resistencia a las reformas y la adaptación a nuevas necesidades. La interdependencia entre economía y política se tradujo en un ciclo infernal: las reformas económicas despertaban fuertes resistencias políticas y las crisis políticas desembocaban en medidas económicas que acababan disolviéndose. Ahora sabemos que, sin la *perestroika* y el '89, el círculo vicioso nunca hubiera podido ser roto.

Se podría aducir que en el pasado hubo momentos tanto o más difíciles en la competencia económica que los que privaron en la década de los noventa. La URSS hambrienta de los años veinte resistió el embate, y lo mismo sucedió después de la segunda guerra mundial. Pero la situación ha cambiado radicalmente. Vivimos en la era de la globalización de las relaciones económicas, políticas y culturales, y

un país de desarrollo medio no puede encerrarse dentro de sus propias fronteras. La opción nacional de "no contar sino con las propias fuerzas" no existe ya para países con un nivel de desarrollo como los de Europa del Este. La integración económica de los dos mundos es inevitable. Lo inesperado es que se produzca en condiciones tan desventajosas para los países del socialismo real. Además, la élite gobernante perdió la fe en su proyecto. El agotamiento del ideal fue tan importante como el deterioro de las condiciones materiales. Quizá la última ocasión para dar los pasos necesarios en condiciones favorables fue el año de 1968. La Primavera de Praga dio el programa que podía haber sido recogido por los jefes de Moscú. El mundo capitalista iniciaba un largo viaje en la crisis. Sus jóvenes lanzaban su reto al poder establecido en las calles de París y Nueva York, Roma y Tokio, México y Río de Janeiro. En las montañas de Bolivia, el *Che* combatía y Vietnam triunfaba. Pero les faltó visión y audacia reformadora.

Después de la segunda guerra mundial, las sociedades estatistas perdieron también la carrera de la democracia. Decisivos en ese sentido fueron los cambios sufridos por Europa Occidental. El mapa político de esa parte del mundo era, en 1945, desolador. Alemania, Italia, Grecia, España, Portugal, habían pasado o estaban pasando todavía por experiencias totalitarias cruentas. En otros países, como Francia, el panorama era muy inestable. Cuarenta años más tarde, la situación había cambiado enormemente. La democracia pluralista se había estabilizado en casi todos los países. En España se había producido una transición pacífica, que sigue sirviendo de modelo para otras transiciones *del autoritarismo a la democracia*. Se comenzó a marchar en serio hacia una integración, no sólo económica, sino política también. Al mismo tiempo, la estructura política de los países estatistas, supe-



rados los aspectos más arbitrarios y violentos del estalinismo, se congelaban en un neostalinismo que los golpes un poco ciegos de Jrushchov y el XX Congreso no lograron mellar. La incapacidad de transitar paulatinamente hacia formas de dominio menos autoritarias fue sin duda una de las lacras más nocivas del sistema.

#### *Una oposición sofocada*

Otra causa, ésta de carácter interno, fue la actitud de la burocracia gobernante hacia las corrientes socialistas críticas. Basta con algunos ejemplos. En la URSS el cuestionamiento radical de la sociedad surgida de la revolución se sucedió en olas intermitentes desde 1919 hasta 1938. En Yugoslavia surgieron, ya en 1948, corrientes de pensamiento que advertían contra la injerencia excesiva del Estado en la gestión económica y la vida cultural. La preocupación por la descentralización del poder y

la autogestión en las empresas iba aunada a una visión humanista en la cual la transformación política, cultural y moral del hombre es el objetivo central. Las corrientes socialistas críticas terminaron cuestionando el carácter socialista de las sociedades de Europa del Este. En Polonia, Adam Schaf, Lazek Kolakowski y sus seguidores protagonizaron una ruptura abierta con el estalinismo en la filosofía y el pensamiento social, equivalente a una profunda crítica del sistema existente. En Checoslovaquia, Ota Sik exponía en 1965 la idea de un socialismo de mercado, opuesto al sistema de gestión vigente. En enero de 1968, los documentos del Partido Comunista Checoslovaco proponían una serie de reformas muy semejantes al "nuevo pensamiento" de la *perestroika*.

Durante décadas estas corrientes fueron tratadas como el enemigo principal. Perseguidas dentro y fuera de los partidos comunistas, exorcizadas como herejías inaceptables, nunca tuvieron la oportunidad de desarrollarse en la vida intelectual o echar raíces en la vida política. Así, la oposición se vio arrinconada en formas muy antiguas de la mentalidad popular: la religión y el nacionalismo. Cuando el Estado se debilitó, lo único vivo eran esas corrientes, tal y como se habían mantenido latentes durante décadas en la conciencia popular. La oposición masiva a un socialismo erigido en ideología oficial excluyente y totalitaria, un socialismo en nombre del cual se cometieron crímenes innumerales, no podía alimentarse de una versión crítica de ese mismo socialismo. En una conversación con jóvenes dirigentes del movimiento nacionalista armenio, al preguntarles si aún eran marxistas, uno de ellos me respondió: "Usted no comprende, hoy en Armenia no queda un solo marxista; quizá puede encontrar alguno en la URSS". Y en Georgia, un estudiante que se encontraba en huelga de hambre para exigir

del parlamento la declaración de independencia de su país, me explicaba que lo más cercano a una opción socialista que existía en los medios universitarios en estos momentos era la teoría de la convergencia, que planteaba el acercamiento de los dos sistemas.

Este asalto a la oposición de izquierda viene ahora a continuarse en un viraje nuevo e inesperado de la política oficial. Durante décadas, el rechazo al capitalismo occidental jugó un papel fundamental en la ideología oficial del estatismo. Las carencias y fracasos eran adjudicadas a la acción del *enemigo externo*, que recibía varios nombres peyorativos. Ahora, la vieja mentira que presentaba a Occidente como fuente del mal ha sido sustituida por otra no menos grave que lo presenta como el origen del bien y el modelo para seguir. Basta leer los periódicos oficiales o ver la televisión para darse cuenta de que esta idea no ha surgido en forma totalmente espontánea en el seno del pueblo. Es, por lo contrario, sistemáticamente inducida y estimulada desde arriba. La Voz de América no tiene ya nada que hacer en esa parte del mundo. Las estaciones locales la han sustituido con creces. Antes, la propaganda ensalzaba incondicionalmente el modo de vida *socialista* y denigraba hasta el absurdo el del *capitalismo decadente*. Ahora ha pasado a hacer lo contrario, con la misma lógica despiadada de antaño. Ayer, declararse admirador de algún rasgo cultural o social de Occidente llevaba rápidamente a ser tildado de revisionista, cosmopolita, agente o lacayo del imperialismo, contrarrevolucionario o bien oportunista. Hoy, criticarlos concita inmediatamente los calificativos de conservador, ortodoxo, reaccionario, sectario, y en Polonia o Hungría, el de comunista, que es igualmente denigrante.

Mientras que el capitalismo sólo recibe loas; las posiciones de la izquierda crítica, tanto del estatismo como del capitalismo, son sistemáticamente igno-

radas y no encuentran cabida en sus medios de difusión. Pese a declararse por el socialismo democrático, la *perestroika* busca aliados ideológicos en las corrientes dominantes de Occidente, no en el socialismo, ya sea en su versión posibilista o libertaria. Y esto ha contribuido decisivamente a orientar el rechazo del sistema anterior hacia la adhesión a los valores dominantes en el capitalismo y cerrar el paso a cualquier orientación auténticamente socialista.

No es posible saber cuánto durarán los estados de ánimo actuales, pero por una o dos décadas, en Polonia, Checoslovaquia y Hungría, ninguna fuerza que enarbole las banderas del socialismo podrá convocar un apoyo de masas, y en la URSS, Rumania y Bulgaria tendrá una vida difícil. En cuanto a Alemania, su unificación se produce bajo el sello de una derecha poderosa, cuya influencia ideológica sigue creciendo. El precio que se pagará por los largos años de abuso del socialismo es su descrédito como ideología en el seno del pueblo. Si las ideas igualitarias, libertarias, autogestionarias, siguen vivas, el discurso socialista y cualquier otro que proponga abiertamente sus objetivos, o descansa en sus premisas morales en términos tradicionales, sólo producen por ahora reacciones escépticas o cínicas. Es más, cualquiera que convoque a construir una sociedad perfecta o casi perfecta sería considerado como un peligroso emisario del pasado, porque durante 40 años la idea matriz del discurso oficial fue que los sacrificios del presente eran el precio de un futuro luminoso... que nunca llegó. La única visión teleológica que la gente está dispuesta a aceptar es la religiosa y el único futuro del cual se puede hablar es el inmediato. Para mantenerse dentro del proceso de cambio, Dubcek tuvo que abandonar el lenguaje de 1968, y aquellos veteranos de la Primavera de Praga que no lo hicieron fueron rápidamente excluidos. En Polonia los nom-

bres de Adam Schaf o Kola-kowsky son anatemas.

Ahora sabemos que el sistema de gestión administrativa centralizada es inoperante en una economía compleja y desarrollada. Pero esto no significa que su única alternativa eficiente sea el libre mercado presidido (¡oh, contradicción!) por empresas monopolistas que surgirían inevitablemente de la privatización acelerada de una economía altamente centralizada, como la de los países estatistas. Los planes de austeridad del Fondo Monetario Internacional pueden producir en el Este resistencias más profundas y tenaces que en los países del Tercer Mundo. Y entonces, para sorpresa de todos los voceros del capital, la revolución puede cambiar de rumbo.

### La alternativa

De los fracasos y éxitos de las sociedades estatistas deducimos que las condiciones básicas para la instauración y desarrollo de una sociedad socialista son: *a)* la preponderancia de las empresas estatales y cooperativas, y la ausencia de cualquier gran propiedad privada de los medios de producción; *b)* mercado basado en la autonomía de las empresas, independientemente de la forma de propiedad; *c)* planificación centralizada por medio de una autoridad autónoma responsable ante una asamblea electa por administradores de las empresas y representantes de los trabajadores en los lugares de trabajo; *d)* intervención del Estado (no de la instancia planificadora) para regular el mercado, frenando sus tendencias a la desigualdad social y los monopolios; *e)* desarrollo paulatino de la autogestión en las empresas estatales y cooperativas; *f)* preferencia por las pequeñas unidades como medio para aumentar la participación; *g)* libertad de los trabajadores para escoger su empleo y apoyo para que puedan cambiar sus especialidades; *h)* derecho a trabajar indistintamente en empresas del Estado o cooperativas, priva-

das, familiares o de autoempleo; *i)* prioridad a la lucha contra el desempleo en todos los niveles de la economía; *j)* exclusión de campos como salud pública, educación, medios de difusión masivos, deporte, del circuito mercantil; gestión social (no estatal) de los mismos; *k)* sistemas impositivos que promuevan las tendencias igualitarias existentes en la sociedad.

Socialmente, la tarea histórica es superar la condición de subordinación de las mayorías respecto al poder político, económico y cultural. Las sociedades actuales en Oriente y Occidente bloquean y limitan el desarrollo y el reconocimiento de innumerables personas. Reducen artificialmente, por medio de la división del trabajo, la igualdad de posibilidades de acceso a las actividades más creativas y los puestos de dirección, deshumanizando el consumo y la competencia. La verdadera democracia exige asegurar que ninguna persona se eternice en posiciones subalternas y repetitivas, la multiplicación de las posibilidades de educación a todos los niveles y para todas las edades, la abolición de la educación basada en criterios estrechos de rendimiento.

En lo político, esto se traduce en: *a)* elección directa de todos los poderes, excepto el Ejecutivo, *b)* representación directa y proporcional de los ciudadanos, en sus diferentes intereses (como productores, miembros de minorías étnicas, habitantes de diferentes regiones y sexo), en las cámaras legislativas; *c)* división real de poderes, con un Ejecutivo colectivo, *d)* creación de un cuarto poder, cuya función es el nombramiento de todos los funcionarios administrativos en concursos públicos y abiertos, y uno quinto, para el control de la legalidad de los actos de las policías, el ejército y la administración de las grandes empresas; igualdad de éstos con los tres tradicionales; *e)* descentralización del poder, aumentando las funciones y recursos de los órganos regio-

nales, locales y de autogestión; *f)* freno al surgimiento de una oligarquía profesional, limitando el número de veces que cada persona puede ser electa a puestos de dirección política o económica.

Las posibilidades de una opción de ese tipo son hoy, en los países socialistas, mínimas. Pero eso no cancela el futuro del socialismo, ni en Oriente, ni en Occidente. Enriquecido con una experiencia amarga, el socialismo debe mirar el futuro con una nueva modestia. Habiendo dejado de ser ideología de Estado, renace volviendo al lugar del cual nunca debió salir: la sociedad civil. Rico por sus 160 años de tormentosa historia y por la diversidad de sus corrientes, el socialismo se justifica en la idea común a todas ellas: el capitalismo es un sistema injusto, basado en la explotación, la subordinación de los trabajadores, la enajenación y la desigualdad. Es posible y necesario sustituirlo por un sistema más justo y humano. Ésta es la



idea que lo ha distinguido y lo seguirá distinguiendo de las otras grandes corrientes de la época: liberalismo, populismo y nacionalismo. Mientras la realidad a la cual responde tenga vigencia, lo tiene también el socialismo. A ese objetivo se agrega ahora uno nuevo paralelo y complementario: el gran intento civilizatorio iniciado en octubre de 1917 fracasó, dando origen a una sociedad estatista. En los países en los que predomina ese régimen, el socialismo pugna por su superación. A la lucha contra el capital hay que agregar la lucha contra la dictadura de la burocracia. Esta posición no es nueva, pero debemos ahora reiterarla.

La experiencia extraída del colapso del gran ensayo nos obliga a rechazar toda concepción del socialismo como una simple antinomia del capitalismo: el que la propiedad privada sea la base de la explotación capitalista no quiere decir que deba necesariamente desaparecer en el socialismo. Ahora sabemos que la abolición del orden capitalista no asegura el surgimiento de uno socialista. Existen otras opciones, no siempre deseables. También nos enseña que en el siglo XXI el socialismo no puede aspirar a ser el portador único de la emancipación social. Junto a él han ganado carta de legiti-

midad movimientos como el liberalismo social, el ecologista, el feminista, el de emancipación nacional, que tienen sus propios mensajes, irreductibles frente al pensamiento y la práctica socialistas.

La concepción de la nueva sociedad no es un conjunto de verdades definitivas. Los hombres y las mujeres que vivieron el tránsito del feudalismo al capitalismo no conocían el nombre de su punto de destinación ni los rasgos de la sociedad por nacer. Tenemos ventajas sobre ellos, pero no tantas como creíamos hasta 1988. Cada gran experiencia obliga a revisar los objetivos y los medios que a ellos llevan. Dentro de medio siglo, la idea que la humanidad tendrá del socialismo será muy diferente a la nuestra y tan temporal como ella. Hoy vivimos precisamente uno de esos momentos, impuesto por la crisis del estatismo y la metamorfosis del capitalismo de fin de siglo. Debe ser un examen de conciencia sereno, libre ya de las aclamaciones que impedían vislumbrar la verdad. Los fuegos artificiales y las marchas triunfales han terminado. Es hora de regresar al trabajo honesto y la crítica despiadada de todo lo existente. Apoyándose en la tradición humanista de sus pensadores y el sentido emancipador de la mayoría de

las luchas libradas por sus militantes, el socialismo puede y debe reemprender el camino. Así lo exigen los intereses vitales de una humanidad sumida en los ciegos antagonismos de clase, los egoísmos atomizados de pueblos y conglomerados de todo tipo. Una humanidad que, en la desigualdad lacerante entre regiones e individuos, del despilfarro de sus recursos y la destrucción del medio ambiente, corre desenfundada hacia el punto de no retorno.

Nuestra idea de la transición a la nueva sociedad debe ser modificada. Se trata de un proceso histórico prolongado, que cubre varios siglos. Habrá revoluciones y también restauraciones, saltos hacia adelante y recaídas al pasado. Estamos al principio del camino. No existen atajos y el voluntarismo es fuente segura de monstruosidades estalinianas. Ninguna revolución puede de un solo golpe imponer el nuevo sistema. El acceso al poder de las fuerzas del socialismo es sólo un instante del cambio, no su culminación. En siglo y medio el movimiento ha transformado profundamente la vida de todos los trabajadores, pero no ha logrado instaurar el socialismo en una sola parte del globo. En el Tercer Mundo se han producido numerosas revoluciones triunfantes, pero no se logra instaurar el socialismo. En el Primer Mundo, el socialismo podría ser fácilmente construido, pero ninguna revolución proletaria ha triunfado. Los que quieren no pueden y los que pueden no quieren. Estas verdades son el punto de partida de la nueva reflexión. La relación maligna que existe entre objetivos y resultados reales es el gran reto teórico de la actualidad. Pero la barbarie del estalinismo y los fracasos del *socialismo realmente existente* no deben transformarse en apología de un sistema que multiplica las capacidades productivas y exalta la libertad, pero consume y destruye a millones de hombres y mujeres como si fueran envases desechables. ●

